

1

El ascenso de Alejo

[1081]

Hemos preparado un abundante banquete que no carecerá de especias. Si tú quieres tomar parte del festín, ven lo más rápido posible a participar en la comida.

Alejo e Isaac Comneno al César Juan Ducas, febrero de 1081.
La Alexiada, II, 6¹

El 4 de abril del 1081, Domingo de Resurrección, en la Gran Iglesia de Santa Sofía en Constantinopla, Alejo Comneno, un joven general de veinticuatro años, ascendió de manera oficial al trono de un imperio triste y destrozado. Había pasado ya una década desde que, justo a las afueras de Manzikert, una pequeña plaza fortificada a pocos kilómetros al norte del lago de Van, ese imperio sufriera la derrota más desastrosa de toda su historia a manos de los turcos selyúcidas: una derrota que se había saldado con la captura del emperador Romano IV Diógenes y la retirada ignominiosa del otrora invencible ejército bizantino y tuvo como resultado la expansión gradual de los conquistadores a través de Anatolia, al punto de que, para cuando Alejo llegó al trono, las tribus turcomanas habían invadido unos ochenta mil kilómetros cuadrados del núcleo del imperio. De un plumazo, Bizancio había perdido la fuente de gran parte de su abastecimiento de ali-

mentos y de la mayoría de su mano de obra. Ahora su misma supervivencia estaba en duda.

Si a Romano se le hubiera permitido continuar como *basisileus* una vez recuperó la libertad, es posible que hubiera conseguido remediar la situación. Alp Arslan, el sultán selyúcida, no tenía en realidad ningún conflicto con el imperio y le preocupaba más el califato fatimí de Egipto, que representaba una amenaza mucho mayor para su pueblo. Él y Romano habían simpatizado bastante más de lo esperado, dadas las circunstancias, y el tratado que concluyeron como precio de la libertad de este último no hacía grandes exigencias territoriales. Sin embargo, una revuelta palaciega derrocó a Romano antes de su regreso a Constantinopla y, tras un breve e infructuoso intento de recuperar el trono por la fuerza, se lo cegó de forma tan brutal que murió poco después. Su patético sucesor, Miguel VII —un hombre cultivado e inteligente, pero por completo incompetente para los asuntos de Estado—, abrogó el tratado a instancias de las dos eminencias grises que lo aconsejaban, su tío el César Juan Ducas y el erudito Miguel Pselo, y con ello dejó el camino abierto para que los selyúcidas hicieran lo que quisieran.

En Occidente, el horizonte era igual de negro. El 16 de abril del 1071 (apenas cuatro meses antes de la batalla de Manzikert, pero después de un asedio que se había prolongado casi tres años) los normandos del sur de Italia, liderados por el brillante bandido Roberto Guiscardo, capturaron Bari. Durante más de cinco siglos, desde la época de Justiniano, la ciudad había pertenecido a Bizancio. Otrora capital de una rica y próspera provincia, en los últimos años Bari se había convertido en la única plaza del imperio en la península, el centro del minúsculo enclave en el que aún ondeaban las banderas bizantinas en una tierra turbulenta y hostil. Ese día, el sábado previo al Domingo de Ramos, esas banderas se arriaron por última vez. A partir de entonces, la expresión «Italia bizantina» sería un contrasentido. El año siguiente fue testigo de un peligroso levantamiento en Bulgaria, en el transcurso del cual se coronó como zar a Constantino Bodin, el hijo de Miguel, el príncipe

de Zeta,* en la ciudad de Prizren; y si bien al final los bizantinos habían logrado restablecer el orden (con un costo considerable), la revolución se respiraba en el ambiente y nadie dudaba de que no tardarían en producirse nuevos alzamientos.

Por último, estaba el problema de Roma. Tras la caída de Bari, el emperador Miguel, en otra demostración sublime de mal cálculo político, había acudido al papa Gregorio VII buscando ayuda para hacer frente a la amenaza normanda y, en consecuencia, no estaba precisamente en condiciones de objetar cuando Gregorio comenzó a extender de forma abierta su influencia sobre las costas orientales del Adriático: en el 1075 sus legados coronaron como rey de Croacia a un vasallo llamado Demetrio Zvonimir y, dos años más tarde, el príncipe Miguel de Zeta también recibió una corona pontificia. Entre tanto, los húngaros y los bárbaros pechenegos habían vuelto a las andadas y sumido de nuevo en el caos toda la península balcánica.

Con desastres como estos por doquier no es de extrañar que algunas secciones del ejército se alzaran en franca rebelión no una, sino varias veces. La primera insurrección estuvo liderada por un mercenario normando llamado Roussel de Bailleul, que intentó establecer un Estado independiente en el centro de Anatolia, tal y como hacía poco habían hecho sus compatriotas en el sur de Italia. El encargado de meterlo en cintura sería Alejo Comneno, junto al que Roussel, tras una breve paso por la cárcel, lucharía contra dos sublevados más: Nicéforo Brienio, el gobernador (*dux*) de Dirraquio, uno de los pocos oficiales que se habían distinguido en Manzikert; y Nicéforo Botaniates, un anciano miembro de la aristocracia militar de Anatolia. En noviembre del 1077, Brienio consiguió de hecho llegar hasta las murallas de Constantinopla antes de que se lo obligara a retroceder a Tracia; Botaniates, por su parte, también se preparó para lanzar un ataque directo contra la capital, pero llegado el momento este se reveló innecesario. En marzo del 1078 estallaron disturbios; Miguel, por completo incapaz de lidiar con ellos, huyó para salvar la vida y buscó refu-

* Conocido antes como Dioclea y, en teoría, un principado semindependiente dentro del imperio, Zeta se había rebelado hacia el 1035 y desde entonces se había negado a reconocer la soberanía bizantina.

gio en el monasterio de Studion; y el día 24 de ese mismo mes, Botaniates hizo su entrada triunfal en Constantinopla. Ante un hecho consumado, Alejo no tuvo más remedio que someterse al nuevo emperador, que lo elevó al rango de *nobilissimus*, lo nombró doméstico de las escuelas (comandante en jefe del ejército) y, como tal, lo envió de inmediato a tratar con Brienio. Unos meses más tarde, regresó por segunda vez a la capital con un general sublevado cautivo; sin embargo, en lugar de recibirse con gratitud, que era lo que él esperaba, apenas se le permitió entrar en Constantinopla y, sin pérdida de tiempo, se le mandó regresar a Anatolia, donde se gestaba una nueva insurrección. En cuanto a Brienio, se le arrojó a las mazmorras del palacio, donde poco después se le sacaron los ojos.

Sin dejar de obedecer sus nuevas órdenes, Alejo no ocultó el descontento que le producía la frialdad con que se le había recibido, cuyos motivos entendía perfectamente. Nicéforo Botaniates tenía miedo, y con razón. El anciano emperador (estaba bien entrado en la setentena) ya había perdido el control de la situación. Durante los siguientes dos años, el imperio se hundió más y más en el caos. Las revueltas daban paso a las insurrecciones; y las insurrecciones, a las revueltas. Los turcos continuaron su avance implacable: en el año 1080, Malik Shah, el hijo de Alp Arslan, ya había logrado extender el sultanato selyúcida de Rum hasta abarcar prácticamente la totalidad de Asia Menor, desde Cilicia hasta el Helesponto. Entre tanto, la impopularidad de Botaniates aumentaba día a día. Mientras que usurpadores como Nicéforo Focas, Juan Tzimisce o Romano Diógenes se habían presentado como guardianes de los hijos de sus predecesores a los que encontraron como coemperadores titulares a su llegada al trono —lo que otorgaba a sus acciones una ligera apariencia de legalidad—, Botaniates no hizo ningún intento de crear un vínculo semejante con Constantino, el hijo de Miguel VII, que entonces tenía cuatro años. En consecuencia, los bizantinos de bien seguían considerándolo moralmente inaceptable. Esa percepción se vio reforzada poco después de su ascenso al trono, cuando, tras la muerte de su segunda esposa, resolvió casarse con la deslumbrante emperatriz María de Alania —cuya belleza, escribe Ana Comnena,

superaba a la de las estatuas de Fidias— a pesar de que su marido todavía estaba vivo.* Aunque es cierto que se la había hecho a un lado tras el ingreso del derrocado Miguel en la vida monástica, el clero veía con malos ojos esos enlaces, y san Basilio había condenado como «fornicación moderada» los terceros matrimonios de cualquier tipo, que conllevaban una pena, para ambas partes, de por lo menos cuatro años sin comunión.† En sus vanos intentos de recuperar el apoyo que de forma tan innecesaria había desperdiciado, Nicéforo dilapidó prácticamente por completo el tesoro imperial; y la inflación, que había comenzado a crecer durante el reinado de Miguel VII,‡ se disparó como nunca. Sin una mano más firme al timón, Bizancio no tenía esperanza.

Entretanto, a medida que disminuía la popularidad de Nicéforo, la de Alejo Comneno aumentaba constantemente, al punto de que dentro y fuera de la capital se lo consideraba ya de forma generalizada como el único hombre capaz de salvar el imperio. El joven general había conocido la acción por primera vez a órdenes de Manuel, su hermano mayor, durante la expedición contra los turcos selyúcidas del año 1070, cuando tenía apenas catorce años,§ y desde entonces, bien fuera combatiendo contra los turcos o luchando contra los bizantinos insurrectos, nunca había perdido una batalla. Había demostrado ser un general estupendo y se había granjeado el amor y la confianza de los soldados, a los que

* Hija de Bagrat IV de Georgia, María se había casado con Miguel Ducas en 1065.

† Sobre la cuestión de los matrimonios consecutivos y, en particular, las dificultades en torno a los del emperador León el Sabio. Véase *Bizancio: el apogeo*, Capítulo 8.

‡ Se lo conocía popularmente como Miguel Parapinaces, o «menos un cuarto», pues, según se decía, durante su reinado el numisma de oro había perdido una cuarta parte de su valor después de haberse mantenido estable más de quinientos años. Véase *Bizancio: el apogeo*, p. 486.

§ Según refiere su hija Ana Comnena en *La Alexiada* I i. Esta biografía de Alejo es la fuente contemporánea más completa —y con diferencia la más entretenida— que tenemos a nuestra disposición. Zonaras, en cambio, asegura que cuando Alejo murió en 1118, tenía setenta años; de ser así, habría nacido en el 1048 y, por tanto, en el 1070 tendría ya veintidós años. Aunque el testimonio de Ana no siempre es de fiar, los bautismos de fuego tempranos no eran en absoluto inusuales en la Edad Media y, en este caso, podemos dar por buena su palabra. A fin de cuentas, se encontraba en una posición mucho mejor que el cronista para informarse acerca de estas cuestiones.

había conducido a la victoria una y otra vez. Además poseía otras cualidades que, a ojos de los bizantinos, eran igual de importantes. Para empezar, pertenecía a una familia de sangre imperial, pues unos veinte años antes su tío Isaac Comneno había ocupado el trono durante un breve periodo; y es sabido que su madre, Ana Dalasena, una mujer de una ambición inmensa, había criado a sus cinco hijos (Alejo era el tercero) infundiéndoles la creencia de que, algún día, uno de ellos se convertiría en emperador. Por otro lado, su matrimonio con Irene, nieta del César Juan Ducas e hija de Andrónico Ducas, quien había traicionado a Romano Diógenes en la batalla de Manzikert de manera tan vergonzosa,* le aseguraba el apoyo no solo de la familia más rica e influyente del imperio, sino también del clero (Juan Xifilino, patriarca desde el 1064 hasta el 1075, era un protegido de los Ducas) así como de la mayor parte de la aristocracia.

No obstante, debido a esas mismas razones Alejo tenía enemigos en la corte; allí, sobre todo, necesitaba un valedor, y lo encontró en la mismísima emperatriz. María no amaba a su nuevo esposo, que a fin de cuentas era lo bastante viejo como para ser su abuelo. En cuanto exesposa de Miguel VII, era leal en primer lugar a la familia Ducas, a la que Alejo pertenecía por matrimonio. Es posible que (como refiere Juan Zonaras, un cronista contemporáneo) estuviera al corriente de que dos de los compinches de su esposo, Borilo y Germano, un siniestro par de origen bárbaro, conspiraban para destruir al joven general y sintiera que era su deber protegerlo; también es posible que, habiéndose enterado de que su esposo estaba considerando nombrar como sucesor a un pariente lejano, buscara salvaguardar los intereses de su hijo Constantino. También es posible que se hubiera enamorado de Alejo y se viera a sí misma como Teófano y a Comneno como Tzimisces† (una teoría que tiene cierto respaldo en el desarrollo posterior de los acontecimientos). Por desgracia, no tenemos manera de saber cuál de estas hipótesis es la correcta, si alguna lo es. Lo único que sabemos con certeza es que, en algún momento de 1080, María de Alania adoptó como hijo a Alejo Comneno.

* Véase *Bizancio: el apogeo*, pp. 476-478.

† Véase *op. cit.*, pp. 286-290.

Botaniates, al parecer, no puso ninguna objeción. Era un hombre débil, al que la esposa dominaba por completo y todo indica que para entonces estaba hundiéndose sin hacer ruido en la senilidad. Lejos de oponerse a los deseos de la emperatriz, hizo algo que no deja de resultar sorprendente: hacia finales de ese mismo año encomendó a ese hijo adoptivo dirigir una nueva campaña contra los turcos, que hacía poco habían capturado Cícico. Esta era la oportunidad que Alejo necesitaba. Desde hacía algún tiempo, estaba convencido de que era necesario deponer al anciano emperador antes de que fuera demasiado tarde, preferiblemente mediante una acción militar directa, pues se negaba a considerar la posibilidad de asesinarlo. El problema era que, hasta el momento, no había tenido forma de reunir las tropas que semejante plan requería sin despertar sospechas; el mandato del emperador eliminaba ese problema de un plumazo. De inmediato ordenó al ejército reunirse en Tzurulo, un pequeño pueblo a cierta distancia de la capital, en la vía a Adrianópolis.

Para Borilo y Germano, la adopción de Alejo por parte de María y su nombramiento al frente de la nueva expedición no podían haber sido más inoportunos. De repente su viejo enemigo estaba en una posición más fuerte que nunca; como miembro de la familia imperial, podía entrar y salir del palacio a su antojo y mantenía contacto diario con el emperador y —lo que era más peligroso todavía— con la emperatriz, cuyos espías estaban por doquier y podían mantenerlo informado de cuanto sucedía en la corte. Cuando se enteraron de la movilización del ejército, los conspiradores comprendieron que no tendrían otra oportunidad: debían actuar de inmediato. Sin embargo, Alejo, advertido de lo que tramaban, se les adelantó. En las primeras horas del domingo 14 de febrero del 1081, día de Quincuagésima, él y su hermano Isaac se dirigieron en silencio al palacio de Blanquerna, donde las grandes murallas terrestres descenden hacia el Cuerno de Oro, y se abrieron paso hasta los establos imperiales. Allí tomaron los caballos que necesitaban, desjarretaron al resto para evitar que sus enemigos los emplearan para perseguirles y se alejaron de la capital a toda velocidad. Se dirigieron en primer lugar al llamado Cosmidion, el monasterio de San Cosme y San Damián en el

extremo septentrional del Cuerno de Oro, donde alertaron a la suegra de Alejo, María Traiana Ducas, y se encontraron por casualidad con Jorge Paleólogo, el rico y poderoso cuñado de Alejo (estaba casado con Ana, la hermana de Irene) al que también reclutaron para la causa.* A continuación, cabalgaron sin perder tiempo a Tzurulo, donde el ejército prácticamente había completado su movilización, y enviaron un mensajero al César Juan para solicitarle que acudiera a ayudarlos.

Retirado de la actividad pública, el César se encontraba entonces viviendo en su posesiones de Morobundo, a algunos kilómetros de distancia. Cuando llegó el mensajero, estaba haciendo una siesta vespertina, pero su nieto, que aún no había alcanzado la adolescencia, lo despertó con la noticia de la revuelta. Negándose a creer una palabra, en un primer momento abofeteó al niño; pero luego le entregaron el mensaje. Según Ana Comnena, contenía la apenas velada invitación que hemos empleado como epígrafe de este capítulo; para Juan Ducas fue suficiente. En el acto pidió su caballo y partió rumbo a Tzurulo. Al poco de iniciar su camino se encontró con un recaudador de impuestos que regresaba a Constantinopla con una considerable cantidad de oro destinada a las arcas imperiales y al que de algún modo logró convencer de que lo acompañara. Más tarde, se topó con un grupo de turcos que también aceptaron unirse a la rebelión después de que les prometiera grandes recompensas a cambio de su ayuda. No es de extrañar que el grupo al completo recibiera una bienvenida jubilosa cuando por fin llegó al campamento del ejército.

* Chalandon (*Essai sur le règne d'Alexis Ier Comnène*) se niega a aceptar que este encuentro fuera un accidente. De haber sido así, argumenta, ¿cómo se explica que Jorge Paleólogo, según refiere Ana Comnena (*La Alexiáda*, Libro II), llevara consigo todas sus riquezas muebles? ¿No es más probable que el encuentro hubiera sido planeado de antemano de forma meticulosa y que Jorge fuera en efecto cómplice de los Comneno desde el principio? Sin embargo, lo que Ana dice en realidad es que esas riquezas estaban depositadas en el monasterio. Ella no parece ver nada sorprendente en ello y, en mi opinión, tampoco nosotros deberíamos hacerlo. En cambio, refiere que en un primer momento Paleólogo se mostró muy reacio a proporcionar apoyo a los Comneno y que si al final accedió a ayudarlos fue solo a instancias de su suegra. Si su resistencia a participar en el plan no hubiera sido genuina, ¿qué sentido tenía fingir contrariedad en semejantes circunstancias?

Después de dos o tres días más, durante los cuales se sumaron a la causa varios otros fichajes importantes, Alejo e Isaac dieron la orden de marchar. Resulta bastante sorprendente que, según parece, hasta entonces, la necesidad de proclamar a un nuevo emperador no se hubiera mencionado; la cuestión solo se plantearía a los hombres cuando el ejército se detuvo para pasar la noche en el pequeño pueblo de Esquizas, e incluso entonces en forma de elección: ¿a quién preferían como *basileus*, a Alejo o a Isaac? La pregunta, en contra de lo que algunos podrían imaginar, no tenía una respuesta obvia: Isaac, que a fin de cuentas era el mayor de los dos y cuyos éxitos militares en Oriente le habían valido el ducado de Antioquía, tenía muchos partidarios entre los soldados. No obstante, él mismo parecía feliz de ceder el honor a su hermano y, al final, la influencia de la familia Ducas resultó decisiva. Con entusiasmo, los hombres aclamaron a Alejo con los títulos imperiales y allí mismo se le calzaron formalmente los coturnos púrpuras con las águilas bicéfalas de Bizancio bordadas en oro, una prenda reservada al emperador y que, hemos de asumir, él se había encargado de sacar con prudencia del palacio antes de su partida.

El nuevo pretendiente y su hermano no eran los únicos miembros de la familia que se habían alzado en rebelión contra Botaniates. El mismo día de la ceremonia en Esquizas, Nicéforo Meliseno, el esposo de su hermana Eudocia, había detenido a su propio ejército rebelde en Crisópolis,* justo delante de Constantinopla, en la orilla asiática del Bósforo. Recién llegado de la distante Anatolia, Nicéforo no tenía aún conocimiento alguno de las actividades de sus cuñados; y cuando se enteró de la sublevación envió de inmediato una carta a Alejo para proponerle que se dividieran el imperio entre ambos, uno tomaría la parte occidental y el otro, la oriental. Alejo no tenía intención de compartir el imperio con nadie; sin embargo, temiendo que una negativa categórica indujera a su cuñado a hacer causa común con Botaniates en su contra, optó de forma deliberada por darle largas con una respuesta evasiva y, entre tanto, avanzó a toda velocidad hacia la capital.

* La moderna Üsküdar, la forma turca del nombre griego Escutari, que la ciudad adoptó en el siglo XII después de la construcción del palacio imperial de Escutario.

Todavía tenía dudas acerca de cuál debía ser el siguiente paso. Resultaba obvio que sitiar la ciudad estaba descartado: tras haber defendido Constantinopla contra las fuerzas de Brienio tres años y medio antes, era muy consciente de que la magnífica triple línea defensiva estaba en condiciones de resistir fuerzas mucho mayores que las que él podía lanzar contra ellas. No obstante, tras dedicar un día o dos a un cuidadoso reconocimiento de las fortificaciones con el César, se le ocurrió que si bien algunos de los regimientos que defendían las distintas secciones de las murallas (como la guardia varega o los llamados «inmortales») seguramente lucharían hasta la muerte por el emperador reinante, era posible que la voluntad de otros pudiera ganarse con lisonjas de uno u otro tipo, en particular el regimiento compuesto por miembros de las tribus germánicas que guardaba la Puerta de Adrianópolis. De alguna manera, Jorge Paleólogo logró contactar con el jefe de estos y el asunto pronto quedó resuelto. Una tarde, justo cuando comenzaba a oscurecer, él y unos cuantos de sus seguidores llevaron las escalas hasta una de las torres controladas por los germanos y subieron al bastión; luego, al amparo de la noche, Alejo concentró la totalidad de sus fuerzas al pie de la torre. Para el amanecer, todo estaba listo. Paleólogo, de pie en lo alto de la muralla, dio la señal: sus hombres abrieron las puertas desde dentro; y el ejército rebelde entró en Constantinopla.

Encontró poca resistencia. El anciano emperador difícilmente gozaba del amor o el respeto de los ciudadanos, muchos de los cuales debían dar por sentado que tarde o temprano terminarían deponiéndole y probablemente estaban encantados con la perspectiva de que lo reemplazara un general joven, enérgico y popular. Lo que no esperaban, sin embargo, era que se los tratara como a un enemigo conquistado; por desgracia, el elemento bárbaro en el ejército de Alejo era demasiado fuerte y con rapidez infectó al resto. Tan pronto como los soldados estuvieron dentro de las murallas se dispersaron en todas direcciones para saquear, pillar y violar; la canalla local no tardó en sumarse a ellos y la confusión se extendió con rapidez por toda la ciudad hasta el punto de que el éxito de toda la operación quedó en duda y quienes se habían mantenido leales al emperador legítimo comenzaron a considerar

que, en efecto, podían vencer a los insurgentes. Uno de estos fue Nicéforo Paleólogo, el padre de Jorge, al que la desertión del hijo había causado una enorme consternación; otro, el viejo enemigo de Alejo, Borilo, que al parecer tenía algún tipo de mando militar y en ese momento dispuso a la guardia varega, junto con otras unidades en cuya lealtad era posible confiar, en formación cerrada entre el Foro de Constantino y el Milion.*

Botaniates mismo, en cambio, sabía que estaba derrotado. La flota imperial, que Jorge Paleólogo había ganado para la causa de los Comneno y que bloqueaba el Bósforo, había frustrado un intento de reclutar los servicios de Meliseno y sus hombres, y el emperador no tenía voluntad alguna de seguir resistiendo. El patriarca Cosme, un anciano muy respetado, le imploró que abdicara para evitar el derramamiento de más sangre cristiana; lo cierto, sin embargo, era que el monarca apenas necesitaba que se lo persuadiera. Su primera oferta, que Nicéforo Paleólogo se encargó de transmitir a los Comneno, fue adoptar a Alejo como hijo, convertirlo en coemperador y cederle todo el poder efectivo; él solo conservaría el título y los privilegios imperiales. No obstante, cuando se le informó de que el César Juan había rechazado la propuesta con desdén, no discutió. Cubriendo con una capa holgada la túnica imperial, cruzó la plaza hasta la iglesia de Santa Sofía para abdicar de manera oficial. Más tarde, se le enviaría al monasterio de la *Peribleptos*, el enorme y horrendo edificio que su lejano predecesor Romano Argiro había fundado medio siglo antes en la ladera de la séptima colina,† donde a regañadientes (todo hay que decirlo) abrazó la vida monástica. Ana Comnena cuenta que, algún tiempo después, un amigo lo visitó y le preguntó qué tal le iba: «Solo me molesta la abstinencia de carne. De lo demás poco me preocupó», fue la respuesta del anciano.²

El joven que entonces se encontró convertido en el septuagésimo sexto emperador de Bizancio era un hombre bajo y forni-

* El «primer miliario» (en realidad, un conjunto de cuatro arcos triunfales que formaban un cuadrado) desde el que se calculaban todas las distancias del imperio. Se encontraba a unos cien metros al suroeste de Santa Sofía. Véase *Bizancio: los primeros siglos*, p. 73.

† Véase *Bizancio: el apogeo*, pp. 373-374.

do, de hombros amplios y pecho ancho. De sus ojos, hundidos bajo unas pesadas cejas arqueadas, emanaba una mirada a la vez amable y penetrante. La barba era densa y completa. Incluso su hija Ana reconoce que cuando estaba de pie no tenía un aspecto precisamente impresionante; sin embargo, una vez sentado en el trono, era diferente: «Entonces, parecía que una tormenta de rayos se había desencadenado en su rostro y en todo su ser, y despedía irresistibles fulgores [...], inalcanzable tanto en su lozanía y su gracia como en su seriedad y su majestad». ³ Aunque, como es apenas obvio, el testimonio de Ana debe tratarse con particular cautela cuando escribe sobre su padre, lo cierto es que entre quienes rodeaban a Alejo había pocas dudas de que demostraría ser el gobernante más capaz que había tenido Bizancio desde Basilio II y que, por primera vez en más de medio siglo, el imperio estaba de nuevo en manos fuertes y competentes.

Tras instalarse en el Gran Palacio, se puso a trabajar sin pérdida de tiempo. La necesidad prioritaria era reimponer la disciplina a sus soldados; no solo porque se lo consideraba, con razón, responsable de su comportamiento reciente, sino porque si no conseguía controlarlos de forma adecuada persistiría la posibilidad de que estallara un motín abierto. La tarea no era fácil, pues para entonces se habían desperdigado por todos los distritos y calles de la capital; pero al cabo de veinticuatro horas, se logró juntarlos y encerrarlos en sus barracones para que se calmaran. Constantinopla estaba de nuevo tranquila. Pero Alejo era un bizantino y su conciencia continuaba sin hallar sosiego, pues era consciente de que había sido él quien había llevado a esos bárbaros a la ciudad: era tan culpable como cualquiera de ellos de lo ocurrido, quizá incluso más. Por consejo de su madre, confesó sus inquietudes al patriarca, que creó un tribunal eclesiástico para resolver la cuestión. El tribunal concluyó que existían pruebas de culpabilidad: el emperador, su familia y todos los que habían participado en el golpe —así como sus esposas— fueron condenados a hacer ayuno durante algún tiempo y a varios otros actos de penitencia. Según su hija, Alejo fue más allá: durante cuarenta días y noches adicionales, llevó un cilicio bajo la púrpura imperial y durmió en el suelo utilizando una piedra como almohada.

Entre tanto, graves asuntos de Estado reclamaban su atención, en particular la brecha que había empezado a aparecer entre sus seguidores y la familia Ducas. El origen del conflicto era su relación con la emperatriz María de Alania. Como esposa del depuesto *basileus*, quizá se esperaba que abandonara el palacio a su llegada; sin embargo, no lo hizo. Es verdad que también era la madre adoptiva del nuevo emperador; pero eso no explicaba la decisión de Alejo de instalar a su jovencísima esposa Irene Ducas, que entonces solo tenía quince años, en otro palacio, más pequeño y situado en terreno más bajo, junto con su madre, sus hermanas y su abuelo paterno, el César, mientras él permanecía, al igual que la extraordinariamente hermosa María, en el Bucoleón.* Es fácil imaginar la reacción de la familia Ducas a semejante arreglo: habían apoyado a los Comneno no porque sintieran un afecto especial por ellos, sino porque Alejo estaba casado con uno de los miembros del clan. Jorge Paleólogo, cuñado de Irene, había reconocido esto cuando un grupo de seguidores de los Comneno se negó a incluir en sus aclamaciones a Alejo el nombre de su esposa: «Yo no me he comprometido en una empresa tan importante por vosotros, sino por esa que llamáis Irene», les dijo; y tras ganarse el apoyo de la flota, había insistido en que todos los marineros vitorearan tanto a Irene como a Alejo y en ese orden.

Sin embargo, Jorge y su familia no eran los únicos indignados. Los rumores se propagaron con rapidez por la ciudad. Algunos murmuraban que Alejo planeaba divorciarse de su esposa, que era prácticamente una niña, para convertirse en el tercer marido de la emperatriz; otros decían que el verdadero motor que impulsaba estos siniestros acontecimientos era su madre, la formidable Ana Dalasena, que siempre había odiado a los Ducas y estaba decidida —ahora que su hijo ocupaba con seguridad el trono— a acabar de una vez por todas y para siempre con su poder e influencia. Es muy posible que el primero de estos rumores fuera cierto; el segundo sin duda lo era. Pocos días después, el Domingo de Re-

* El Gran Palacio de Constantinopla no era un único edificio. De forma similar al palacio de Topkapı, su sucesor otomano, era una colección de palacetes y pabellones que ocupaban toda la colina que desciende desde Santa Sofía hasta el mar de Mármara. El Bucoleón era uno de los palacios más importantes de esta colección de edificios y contaba incluso con un pequeño puerto.

surrección del 1081, Alejo contribuyó a avivar todavía más las llamas del peligroso conflicto cuando se negó a permitir que se coronara a su esposa al mismo tiempo que a él.

Para los Ducas y, de hecho, para todos los bizantinos respetables, semejante proceder constituía un insulto gratuito. De acuerdo con una larga tradición, la emperatriz no era sencillamente la esposa del emperador; una vez coronada, ostentaba un rango reconocido, que conllevaba un poder considerable. Tenía su propia corte y gozaba de un control absoluto sobre sus ingresos, que eran inmensos; asimismo, desempeñaba un papel indispensable en muchas de las principales ceremonias imperiales. Hay indicios de que Alejo excluyó a su esposa de la coronación que debían haber compartido con gran disgusto. Quizá no abrigara un gran amor por los Ducas, pero es indudable que tenía una deuda enorme con ellos; además, ¿era sensato contrariar a la familia más poderosa de la nobleza bizantina prácticamente antes de haber comenzado a reinar? Por el momento, dejó que su madre lo convenciera; pero no tardó mucho tiempo en darse cuenta de que esta vez ella, y en consecuencia también él, habían sobrepasado gravemente los límites.

Al final, la situación llegó a un punto crítico no por obra de ninguno de los principales protagonistas, sino del patriarca. El viejo Cosme había accedido a regañadientes a llevar a cabo la coronación individual, pero su conciencia no lo dejaba tranquilo; y, cuando unos días después unos representantes de Ana Dalasena se acercaron para sugerirle, con excesiva insistencia, que probablemente le convenía renunciar al patriarcado en favor del candidato de esta —un eunuco llamado Eustracio Garidas—, explotó de ira. «Por Cosme», gritó. En Bizancio, jurar por el propio nombre imprimía al juramento una particular solemnidad: «Por Cosme, no abandonaré el trono patriarcal hasta no haber coronado con mis propias manos a Irene». Aunque las fuentes no nos dicen si se comprometió de forma explícita con la obvia consecuencia de semejante voto, basta decir que siete días después de la proclamación pública del ascenso al trono de su esposo, la joven emperatriz fue coronada con la debida ceremonia en Santa Sofía, y que el 8 de mayo de ese mismo año, Cosme se retiró

al monasterio de Calio y, como era previsible, lo reemplazó el eunuco Garidas.

Con esta segunda coronación en el plazo de una semana, la familia Ducas supo que había ganado; y Alejo aprendió su primera lección. Si en verdad existía algún vínculo emocional entre él y su madre adoptiva, este se rompió: la emperatriz María accedió a dejar el Bucoleón con dos condiciones: en primer lugar, que se certificara por escrito, «con letras rojas y un sello de oro», que su seguridad y la de Constantino, su hijo con Miguel VII, estaban garantizadas; y en segundo lugar, que se nombrara a Constantino coemperador con Alejo. Ambas peticiones se le concedieron en el acto, tras lo cual ella y su hijo se retiraron a la suntuosa mansión, contigua al monasterio de Mangana, que Constantino IX había construido para su amante unos treinta y cinco años antes.* Los acompañó hasta allí Isaac Comneno, a quien su hermano (que ya había prometido el título de César a Nicéforo Meliseno) otorgó el recién creado rango de sebastocrátor, que lo situaba solo por debajo de los dos coemperadores. Alejo, por su parte, llevó sin demora a su esposa de regreso al Bucoleón. La vida matrimonial de la pareja resultó mucho más feliz de lo que nadie habría esperado; tuvieron por lo menos nueve hijos.

Sin embargo, por mucho que el sol brillara resplandeciente en la vida doméstica del nuevo emperador, en el horizonte político las nubes se estaban acumulando con rapidez. Un mes después de la coronación de Alejo, el normando Roberto Guiscardo, duque de Apulia, lanzó una gran ofensiva contra el Imperio romano.

* Véase *Bizancio: el apogeo*, pp. 418-420.